



UNA HEROINA GUIPUZCOANA.

No en el caballeresco período de las grandes hazañas y de las aventuras militares del siglo XVI, si que tambien en la presente centuria, en que un hálito de devastadoras tendencias positivistas seca en gérmen los más bellos sentimientos, háse puesto de relieve, una vez más, el ejemplo de la entereza de carácter y nobleza de ánimo, que constituyen los rasgos salientes de la raza euskara.

Érase la tarde del día 22 de Junio de 1866, fecha lúgubre, que aparece tinta de sangrientos resplandores, en el funesto cuadro de nuestras conmociones políticas; ardía, con terrible fragor la lucha entablada, desde la mañana, por los dos regimientos de Artillería acuartelados en San Gil, que se alzaron, en son de motin, contra el Poder existente, y las calles de Madrid, próximas al teatro de la pelea, ofrecían el aspecto de un campo de batalla, con los mil y un episodios de terrorífica variedad, cuya vista oprime el alma del hombre más avezado á las operaciones de la guerra.

Entre los diversos grupos de heridos, que se retorcían en las convulsiones del dolor, se notaba uno, en la calle de la Luna, esquina á la de Pizarro, en donde se distinguían un Sargento y un Soldado, cuyos ayes lastimeros hendían el aire, sin que, por ningun lado, recibieran auxilio, pues las ambulancia; del ejército habian ido trasladándose á otros sitios, en que continuaba la accion, y los vecinos no osaban asomarse siquiera, temerosos de las balas perdidas que, hasta allí, llegaban con harta frecuencia.

No faltó, sin embargo quien, condoliéndose de la triste situacion de los dos desgraciados militares, tomase la resolucion de llevarles el alivio que, con voz desfallecida, solicitaban. Inflamada en varonil arranque, y no pensando mas que en el socorro de sus semejantes,

una distinguida señorita, habitante en el núm. 30 de la calle de la Luna, abandonó las comodidades y el seguro refugio de su morada; y, haciéndose acompañar de una de sus doncellas, salió resueltamente á la calle, provista de hilas y vendajes, con que restañar las heridas de aquellas dos víctimas de nuestras discordias civiles. Mas no contenta con eso, los trasladó á lugar seguro de su propia casa, en donde se les proveyó de lo necesario, hasta que fueron recogidos por sus compañeros de armas.

Tan sublime rasgo de abnegacion lo realizó la actual Excma. Señora, D.^a Carlota de Jáuregui, nacida en la Invicta Villa de Hernani, pátria del preclaro Joannes de Urbietta, denodado caudillo que tomó prisionero á Francisco I, en la memorable batalla de Pavía.

La Córte de España celebró el suceso, prodigando sus muestras de admiracion y deferencia á la ilustre dama, que tan alto hizo lucir las prendas de su noble alma, mereciendo, así mismo, que la Reina Doña Isabel II de Borbon galardonase su humanitaria conducta, concediéndole el ingreso en la Orden Civil de Beneficencia, en la primera categoría, por R. O. de 14 Julio del propio año, refrendado por el Ministro Gonzalez Bravo. Tambien le tegieron una corona poética nuestros más inspirados vates. Bien quisiéramos trasladar á nuestras columnas tantas preciosidades literarias, pero en la imposibilidad de copiarlas todas, insertamos, á continuacion, las dos siguientes que han llegado á nuestras manos:

LA CARIDAD

EN EL 22 DE JUNIO DE 1866.

A LA SEÑORITA DOÑA CARLOTA DE JAUREGUI.

No ya el diamantino casco
Ni la bien templada cota
En árdua lid viste España,
Sostén y asombro de Europa;
Ni fresca los laureles
De Otumba y de Cerinola,
Ni abre ya lago sangriento
En el mar de Cefalonia.

Es hoy puñal fratricida
La quefué espada gloriosa,
Y el antiguo hidalgo pecho
Envidia y venganza enconan.
Noel deber, la sed de mando
A los hombres acongoja:
Conciencia y honor se venden,
Bajeza y traición se compran,

Mientras la virtud honesta
Vive desairada y sola,
Aquel galardón que es suyo,
Judas satánico logra.

Con la verdad traficando,
Reniega ya de sus glorias
La patria del gran Felipe,
A grandes lecciones sorda.

Muros, alcázares, templos,
Cuanto el ingenio acrisola,
Monumentos de diez siglos
Despedaza en furia loca.

Tiene al charlatán por sabio,
La desvergüenza por norma,
La calumnia por oficio,
Y la soberbia por honra.

Al veraz, íntegro y puro
Menosprecia como á idiota;
De ciencia y virtud se rie,
De cielo y juicio se mofa.

Ante el becerro de oro
Envilecida se postra,
Sin ver que del escarmiento
Llega terrible la hora.

¡Ay! ¿No te espanta el lejano
Rumor de escíticas hordas,
La voz de Atila, y de Muza
La cuchilla vengadora?

¡En atizar no te canses
La hoguera de la discordia;
Puebla de llanto y de luto
Desde el palacio á la choza;

Muéstrate fuerte en el débil,
Y al fuerte rinde lisonjas!
Ya no hay ¡oh mengua! españoles
¡Pero aun viven españolas!....

Rompiendo cauces y diques,
Frenética se alborota
La mal gobernada plebe,
De muerte en rápidas olas.

Estalla el metal, el muro
Cede, el techo se desploma;
Tristes lamentos resuenan
Por las calles pavorosas.

Deja ya el hogar paterno
Acude ¡oh noble Carlota!
A los míseros heridos,
Que auxilio y favor imploran.

Ni la deshecha metralla
Ni la bala silbadora
Han de herir tu casto pecho;
Se embotarán en tus ropas.

Plácida mitad del mundo,
Unid los esfuerzos todas
Y á la ceguedad del hombre
Oponed virtud heróica.

Bárbaro y torpe destruya,
Mas edificad vosotras;
Agite incendiaria tea,
Llevad de la fé la antorcha.

En caridad y esperanza
Doctrinad la infancia hermosa,
Y ofreced á nuevo siglo
Generación salvadora.